

Esa percepción del "derecho" a la búsqueda individual de la felicidad, tan arraigada en el alma del hombre moderno como cualquier otro cambio fundamental de perspectiva ha tenido sus consecuencias imprevistas; ninguna, tal vez, más revolucionaria, que la de la acelerada emancipación de la mujer de la posición subordinada a la que con mayor o menor rudeza había sido siempre relegada. Es ésta una historia fascinante, sobre la cual aún es-tamos lejos de poder emitir un juicio definitivo, pues el drama todavía se encuentra en pleno desarrollo.

En el esfuerzo por entender lo que sucede, a mí me suele resultar más útil volver la vista hacia atrás, hasta el punto de partida, bien consciente, por otra parte, de que en cosas humanas el pasado nunca es garantía del futuro. La emancipación femenina puede ser vista como otra variante del proceso de la división de trabajo. Claro que ésta, a su vez, no excluye otros muchos ángulos posibles, como el del ascenso de la conciencia moral, la mejor educación de la mujer, o el simple hecho de su mayor longevidad más allá de sus años fértiles. Pero creo que, encuadrado dentro del más abstracto de los parámetros sociales, el de la división del trabajo, puede darnos una visión más adecuada del conjunto.

Los paleontólogos nos dicen que la vida sobre este planeta tiene más de tres mil millones de años. Pero también nos dicen que la reproducción se hizo por los primeros dos mil millones al modo de las algas, es decir, asexual. Esto implica que la reproducción sexual, o sea, la combinación por mitades de las dos series de cromosomas que harían el todo (el huevo fecundado), fue el paso decisivo que abrió para la vida terrestre el abanico de las casi infinitas reacciones en cadena moleculares que se despliegan en su maravillosa variedad de colores, complejidad de diseño y dispersión geográfica.

Y en medio estamos nosotros, los humanos, un momento cósmico engarzado en una sombra tachonada de estrellas que se pierden en el tiempo hacia atrás y hacia adelante; un complejísimo entreverado de funciones especializadas, de las que apenas empezamos a llevar cuentas; un racimo de dinamisismos, como otros, a mitades en mutuo complemento, que al nivel surgido desde lo insondable de la conciencia se

reconoce, por turnos, como macho y como hembra, como padre y madre, como hombre y mujer. La reproducción sexual es la más antigua y la más radical de todas las divisiones del trabajo; es también la más constante e íntima. No en balde la polaridad masculina-femenina colorea consciente o inconscientemente toda nuestra vida de relación, al igual que a cada una de nuestras células. No sabemos cuándo el hombre y la mujer empezaron a hacerse preguntas sobre este misterioso dualismo de su ser.

Tal vez allá por los desfiladeros de Olduvai, en el Este de África, aquellos grupos de homínidas pequeños y enjutos, de hace tres millones de años, estaban demasiado ocupados todas sus horas de vigilia en busca de algo que comer para tener sus pausas y preguntar, cuanto menos para permitirse "su mal cuarto de hora de filosofía".

Y así fue probablemente por muchos miles de siglos, a pesar del descubrimiento del fuego, de la domesticación de los animales y de los esbozos artísticos en las cuevas de Lascaux y Altamira. Pero algún día empezaron a hacer preguntas. Ya para entonces probablemente se habían asentado en las márgenes de los ríos, entre retazos de desierto en expansión, a lo largo del Nilo, o del Indo o del Amarillo, y estrechando entre sus manos las figurinas de terracota del culto a la fertilidad curvas o rígidas, en ansiosa adoración a la diosa madre de la tierra o al dios padre del firmamento.

Los chinos fueron más allá e hicieron masculino y femenino el cosmos entero bajo los géneros universales del "yin" y del yang", a los que no escapan ni el sol ni la luna, ni las estrellas, ni la noche, ni el día, ni la tierra, ni el mar.

En todas partes, también de este lado del mar, en los orígenes olmecas de la cultura, el mundo de la imaginación y del lenguaje se había poblado de las bien diferenciadas funciones de hombre y de mujer; en todas partes se habían estilizado los "ritos de pasaje" hacia la pubertad, el matrimonio y el arribo de una nueva vida; en todas partes se glorificaba el triunfo de la ternura en el regazo materno y el de la conquista -de otros hombres, de tierras, de verdades- con el afán del macho. Pero también el mundo se hacía en sus recuerdos más y más masculino. Se edificaban por la fuerza jerarquías, paralelas a las pirámides faraónicas: se iniciaban nuevos oficios musculosos de alfarero, de campesino, de guerrero, de astrólogo; se soñaba, se reía y se sollozaba a *la manera del hombre*; mientras que para el calor del hogar quedaba

* director de la Escuela Superior Ciencias Sociales de la Universidad Francisco Marroquín de Guatemala desde 1977. Antiguo Prefecto de Estudios del Seminario Latinoamericano en Roma y Profesor de Sociología, Filosofía y Religión en cinco "colleges" en los Estados Unidos de Norte América. Ha realizado estudios en Periodismo, Derecho, Filosofía, Clásicos y Teología.

arrinconado, en la penumbra sin historia, el quehacer anónimo y paciente de la mujer, desde siempre al parecer marcada por el sello de una anatomía que sólo la hacía girar alrededor de la generación de sucesivas oleadas de hombres y más hombres, dignos, sólo ellos, de desafiar a los dioses con el fuego de la creación original y de la fantasía. El sino de la mujer fue aceptar y transmitir con fidelidad y sufrir en silencio -o a imprecaciones, si era audaz- los vuelcos trágicos de un sino implacable.

Pero en ese clima espiritual de la búsqueda individual de la felicidad de los últimos tiempos algo ha ido germinando en sigilo, algo, quizás, sembrado de mucho antes, pero que no apuntó a fiordo tierra hasta que la lluvia benéfica (y escasa) de la ciencia moderna y de la autonomía moral de la ilustración lo empujó hacia arriba: la mujer, la mitad acorralada por la historia contra las paredes del hogar, reclama un puesto también fuera de él, y esto rompe con los estereotipos de milenios, anclados en las obvias y profundas diferencias de estructura y función, tanto corporal, como psíquicas, que nos habían hecho tan cómodo tener a la mujer "en su lugar".

Además, es portentoso; merece que se le incluya en toda consideración sobre el tema espinoso de la planificación familiar, o de cualquier otro, aunque no estemos aún acostumbrados a escuchar una voz aguda que nos hable con total independencia de un acervo cultural hecho por los hombres y narrado por ellos desde la óptica de ellos.

No ha sido por casualidad que la progresiva emancipación de la mujer de la servidumbre a la que generalmente había sido sometida por toda la historia de la que tenemos documentos se haya producido, antes que, en ningún otro ámbito cultural, en el suelo del Occidente fertilizado por el cristianismo. Al alborear el siglo IV, el derecho romano vigente todavía retenía muchas de las ataduras legales que otrora consolidaran en favor del Pater Familias la potestad de vida o muerte sobre la esposa y la prole.

Sin embargo, la situación de la mujer en Roma, al momento del triunfo oficial del cristianismo con el edicto de Milán, podía ser considerada algo más soportable que la de la mayoría de sus contemporáneas.

Fuera de la cuenca del Mediterráneo, por ejemplo, la tradición pagana de los árabes de entonces conservaba la costumbre de enterrar vivas, en la arena ardiente del desierto, las niñas superfluas, por haber ya suficientes para servir a la tribu con nuevos hijos varones, futuros guerreros de las dunas.

Más hacia el Este, entre los hindúes nada se tenía por más ilusorio que la individualidad femenina; de ahí que pareciera encajar perfectamente en el ritual fúnebre del marido la

práctica de quemar viva a la viuda o a sus concubinas favoritas.

En China, a pesar de su acendrado respeto por la familia extensa, a la que se le veneraba casi como el sacramento de la armonía entre todo lo que existe, cielos, tierra y hombres, también era práctica frecuente de los más pobres compensar un magro ingreso con la venta de las hijas.

Todos, además, sabemos de las torturas menores a que han sido sometidas las mujeres (aunque con su consentimiento) para hacerlas más apetecibles a los ojos de sus dominadores, como la deformación dolorosa de los pies en el Lejano Oriente, de los labios en el África negra, o inclusive del talle, a través de corsés asfixiantes y malsanos, en nuestro Occidente de hace sólo un siglo. Por no hablar de la circuncisión femenina, que todavía mutila dolorosísimamente víctimas en el África al sur del Sahara, supuestamente para extirpar el deseo de la mujer hacia cualquier otro hombre que no sea su dueño y señor. La historia de los abusos podría hacerse interminable, pero no quiero hacer sensación de los extremos de una tendencia universal y multiseccular, que parece confirmar el melancólico dicho de Lord Acton: "El poder tiende a corromper".

Únicamente quisiera hacer mención de una curiosa excepción: como lo observa H. Becker en su conocida obra "From Loreto Science", la sociedad asiria, una de las más brutales del norte de Mesopotamia, contó, sin embargo, con las mujeres más libres de la Antigüedad. No creo que esa hubiera sido la intención de sus varones: la emancipación de hecho de esas mujeres fue un resultado imprevisto de una concesión al matriarcado semítico: a la mujer le había sido concedido el derecho a la propiedad con independencia del hombre, y eso, más que ningún otro factor, explica su libertad frente al hombre en todo lo demás.

A la mujer romana le estaba vedado ese derecho. la propiedad y su consiguiente autonomía. Fue siempre "mancipara", bajo la tutela incesante de un hombre. Y. fuera el padre, el esposo u otro familiar varón. En la mayor parte de las sociedades occidentales, con algunos atenuantes, esa fue la suerte de la mujer ejemplo, no podían abrir a su nombre una cuenta corriente en un banco, o irse de viaje al extranjero, sin el permiso por escrito de su esposo.

Vale la pena llamar la atención sobre estos detalles porque algunas de las más vociferantes liberacionistas de hoy día paradójicamente se dicen enemigas del principio de propiedad, cuando su libertad ha crecido a la sombra de la extensión de ese derecho. La interpretación más lógica de esa constante de vejaciones es, a mi juicio, la de que el hombre veía en la mujer primordialmente el medio de reproducirse, y

la mujer aceptó esa percepción de sí misma porque no le cabía alternativa.

Con el advenimiento del cristianismo en Occidente, la alternativa ausente empezó a concretarse desde el más insospechado de los ángulos: el de los predicadores célibes. San Pablo les había dicho a los corintios que -bien les estaría quedarse como yo; pero si o pueden contenerse, que se casen, porque mejor es casarse que quemarse".

Ese y otros textos evangelios, particularmente uno muy crudo donde San Mateo pone en boca de Cristo "que hay eunucos por el Reino de los Cielos", y el sentimiento que compartían algunas comunidades cristianas del primer siglo del fin inminente de este mundo, dieron impulso al movimiento hacia la virginidad entre hombres y mujeres. Sociológicamente, lo interesante en este fenómeno fue que a la mujer se le abrió una alternativa legítima al matrimonio.

Y con la virginidad perpetua, como una opción de igual dignidad a la tradicional de la crianza de una familia, se entreabrió un primer resquicio a la voluntad de elección de lo que una mujer quisiera hacer con su propia vida. De renglones tan torcidos se escribe derecha la trama de la historia de la emancipación femenina.

La inesperada alternativa al matrimonio que le ofreció la Iglesia a la mujer cristiana le permitió probar sus talentos dormidos para la educación, la administración y el servicio de pobres, ancianos y enfermos. En las comunidades primitivas, las diaconisas fueron el elemento imprescindible para una eficiente proclamación de la Palabra. Esto, unido a la estricta monogamia que se esperaba de los hombres de Fe, y que hizo suya el Código de Justiniano, en alguna forma no pudo dejar de afectar el "status" de la mujer en la sociedad.

Es verdad que la historia nunca es una línea que avanza en una sola dirección. Más bien es un zigzag, que no pocas veces desemboca en un callejón sin salida.

Pero en el caso de la mujer, la semilla de la posición honorable otorgada a la virginidad fructificó lenta, pero seguramente, al paso de los siglos. La Edad Media europea, tan llena de horror, y de sombras en los primeros cinco siglos, fue, sin embargo, un marco al final propicio para el ascenso moral y social de los hombres y las mujeres a partir del siglo XI.

Muchas son las razones que se han aducido para ese cambio de clima cultural, que se inició con el renacer de las ciudades y aquella salida de la Europa bárbara de sus estrechos confines en las personas de los revoltosos Cruzados. Lo cierto es que la visión espiritual de las verdades de la fe empezó a hacerse a un tiempo más humana y mansa.

Todo pareció indicar que Dios empezó a dejar de ser visto como el Padre Eterno, Creador y Juez estricto desde su lejano trono, para hacerse más vivencia) e íntimo en una reflexión más honda del dogma central de la Encarnación: que Dios se hizo hombre de *una Mujer*.

Y esa amable divinidad, hecha semejante a nosotros en todo menos en el pecado, es una vida única que, como nosotros, mama, crece, juega, sueña y llega a varón adulto a la inefable sombra, discreta, tenaz y generosa, de esa misma mujer, hasta su muerte y su muerte de cruz.

Es la vida también de un hombre que trabajó con sus manos, que goza de sus amigos, de una vida social que se estrena en una boda donde El aporta al final el mejor vino, que se permite sus bromas al simplón de un tal Felipe, o que anuncia con terrible seriedad su propio fin trágico; que vive y trata con todos, aun con los corruptos recaudadores de impuestos, que se solaza con los lirios del campo y llora por la muerte de un amigo; que desafía intrépido a los poderosos y suda sangre de miedo: quizás, quizás, quien mejor que nadie pudiera haber hecho suyo el alarde de Terencio: "Soy hombre, y no tengo nada humano por ajeno".

La humanidad de Cristo realza la divinidad de María, que pasa a ser el prototipo de la redención humana. Surge, como un torrente impetuoso, la devoción mariana, y Europa entera se llena de las ojivas góticas que desvían hacia el cielo la gloria refleja de "la bendita entre todas las mujeres". Es un momento único en la historia de Occidente y de la mujer.

El amor "profano", que cantan trovadores y juglares, algo encierra de ese nuevo símbolo puesto en forma, de mujer. Lo más puro, lo más tierno, lo más precioso, parece identificarse misteriosamente, a los ojos de los rudos guerreros de aquel entonces, con el corazón de una mujer. El "amor a distancia" -aun cuando no a la esposa- elevó a un pedestal, hechura de la imaginación, a lo femenino".

Hoy algunas feministas arguyen que esa mística de femenino ha sido otro ardid más de los varones para atrapar sutilmente a la mujer en las redes de una atención personal posesiva y dominante. No es así a mis ojos masculinos. Creo que es un malentendido derivado de una cortesía hipócrita daban pos posteriores, de la que tal vez hable más adelante.

El cambio fue real y substantivo. La educación de la mujer es un botón de muestra. Que a ocho siglos de distancia aún conservemos fragmentos de la correspondencia en *latín* entre Abelardo y Eloísa, algo nos dice de la transformación que a espaldas de los sabios y potentes de entonces se obraba en silencio. Las místicas alemanas, o la oratoria, apasionada -de nuevo en latín de una Catalina de Siena, que logra de los Papas lo que no obtuvo ningún gran teólogo de su tiempo, el

regreso a Roma desde Avignon, o el perfil frágil y delicado de una doncella menor de veinte años al frente de las huestes hoscas y aguerridas del Rey de Francia, son indicios todos de una manera profundamente nueva de ver a la mujer.

En nuestra lengua, contamos con la riqueza incomparable y sabrosa de una Santa Teresa de Jesús, la Doctora Mística, que nos instruye al mismo tiempo que nos deleita con un fino sentido del humor digno del mayor ingenio. Un factor de otro orden también contribuye a lo Mismo. La familia artesanal era la unidad de producción, además de la unidad de consumo. Aún no se ha producido ese desdoblamiento entre producción y consumo, que en gran escala será el resultado de la introducción de la máquina y la organización de la fábrica, siglos después, con la Revolución Industrial.

El hogar era todavía un vivero de alegrías y penas, de hacendosidad y de uso, en la presencia inmediata y constante de *ambos*, el hombre y la mujer. No hay una "calle" para el trabajo del hombre y una "casa" para el de la mujer. La convivencia lo abarca todo: las horas del holgar como las de trabajar.

Y así resultaba más fácil ver con claridad el significado del punto de arranque del Génesis: "Y Dios creó al hombre, macho y hembra lo creó". La visión cristiana de la autonomía de la mujer fue ulteriormente ampliada durante ese período de la cultura de Occidente que se conoce como el de la "Ilustración", más o menos de mediados del siglo XVII a fines del XVIII.

Al igual que con la alternativa de la virginidad perpetua, esa ampliación tampoco fue ni deliberada ni previsible. Resultó, simplemente, de otro vuelco en el clima intelectual que, como ya dije en una ocasión anterior, incluyó el reconocimiento de ese derecho universal a la búsqueda individual de la felicidad, que aún permanece como gozne indispensable en el giro de nuestra escala democrática de valores.

Pero, además, esa ampliación fue facilitada por el desarrollo acelerado de lo que hoy día conocemos como un Estado de Derecho, es decir, de un orden jurídico que además de legal es legítimo, lo que en la tradición constitucional del Occidente implica como engranajes fundamentales la igualdad de todos ante la ley y el gobierno por consentimiento de los gobernados.

Todo esto se remitía, como a su fuente, ya no a la Revelación de Dios en la persona de Cristo, sino a la autonomía inviolable de la naturaleza racional de cada hombre. La libertad ciudadana fue de la mano con esa emancipación de las conciencias: la Revolución Francesa, la última de las grandes Revolución Francesa, la última de las

grandes Revoluciones políticas de la Ilustración, rompió las cadenas de los ghettos judíos, abolió las servidumbres feudales de los campesinos, eliminó las trabas estatales al comercio y los obstáculos al sufragio universal, por lo menos de los hombres.

En un tal ambiente, que respiraba afanosamente (y con algo de ingenuidad) emancipación y libertad, no podían dejar de surgir otras emancipaciones no menos revolucionarias. Marx, como muchos otros antes y después de él, las encauzaron hacia el proletariado recién parido por la revolución industrial; muchas mujeres, entre las más educadas y emprendedoras, hacia sus hermanas de sexo.

Como en épocas anteriores, cuando las mujeres se agruparon en congregaciones religiosas de vida en común calcadas de las constituidas por hombres, la ruta hacia su propia emancipación la cubrieron por las mismas etapas que las de los hombres: el acceso a la educación superior, "las carreras abiertas a los talentos"-libertad de incorporación al mercado de trabajo, el sufragio universal y la apertura a los centros más importantes de la toma de decisiones.

No fue nada fácil. Todavía en plena época Romántica Aurora Dupín creía más conveniente firmar Su producción literaria con el nombre masculino de "George Sand", para que sus obras fueran mejor aceptadas en el París efervescente e iconoclasta de su tiempo. Flaubert e Ibsen nos han dejado testimonios desgarradores de las frustraciones de muchas mujeres de esos años, que se sentían sofocar en un mundo de hombres donde ya todos ellos parecían ser libres y ellas no. Inclusive Tolstoy, el aristócrata liberal de conciencia atormentada parece aceptar la inevitabilidad del doble juicio moral sobre el hombre y la mujer, cuando se trata del crimen del adulterio y su castigo.

A este siglo XX parece haber sido reservado servir ' de marco de la victoria de la emancipación femenina. ' como en ningún otro momento de la historia. El apode masivo de la mujer al esfuerzo de guerra en las fábricas y las granjas, mientras 25 millones de hombres jóvenes se desangraban hasta morir en las trincheras de la primera Guerra Mundial, le valió, coma premio, terminada la guerra, en casi todos los países contendientes, la tan anhelada presea del derecho al voto.

Un campo en el que las mujeres hicieron sentir decisivamente su presencia recién ganada fue en el de la legislación moralizante. En el caso de los Estad. Unidos lo constituyó la llamada "Ley Seca"; una victoria pírrica fruto de la inexperiencia, porque el alcoholismo de los hombres que ellas quisieron evitar -y del cual eran sus principales víctimas- continuó rampante, y esclavas agravado por el clandestinaje.

Surgieron las babeas mafiosas, que se disputaron violentamente un negocio al margen de la ley cada vez más lucrativo y, 14 años después de aprobada la prohibición total de la venta de bebidas alcohólicas, hubo de ser rescindida por el voto mayoritario de las mismas mujeres.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, el cuadro de la emancipación femenina se vuelve a iluminar de repente con la invención de métodos orales de control de la ovulación, colectivamente conocidos en la jerga popular como "la píldora". La mujer para entonces estaba más segura de sí; tenía la fuerza política, una mayor independencia económica y estaba más educada. La misma píldora la hace más consciente de la sujeción a la que sus otros talentos hablan sido u bajo su preeminente cualidad biológica de reproductora de nueva vida.

Y desde la retaguardia de su posición pasiva por su responsabilidad materna, salta enérgicamente, casi con ira, a la vanguardia del movimiento en pro de la paternidad responsable, exigiendo incluso no ya una igualdad con el hombre, sino un privilegio acerca del control unilateral de la función reproductiva de su propio cuerpo.

Es una auténtica revolución de las verdaderamente radicales, como la que se operó en la vida social del hombre nómada cuando se sentó en las márgenes de los ríos, o inventó el alfabeto, o substituyó su energía muscular por la de la máquina...

Es un portento, cuyo significado último sólo lo descubrirán las generaciones venideras. La emancipación de la mujer, todavía en proceso, ha significado un enriquecimiento extraordinario de la humanidad en todo lo que se refiere a la creación y distribución especializada de bienes y servicios.

La mujer se ha hecho presente en grandes números en todas las profesiones universitarias y en casi todas las demás ocupaciones que fueron siempre el feudo exclusivo de los hombres. Es ésa una de las ventajas con que cuentan los países llamados "desarrollados", que ya han incorporado al mercado del trabajo ingentes números de mujeres que en los países clasificados como "subdesarrollados" permanecen al margen de la producción para el mercado.

Pero, como toda "conquista", la emancipación de la mujer ha tenido su costo. Ese costo es múltiple y a veces intangible, pero real y doloroso.

En muchos hogares se ha visto traducido a una competencia íntima por la autoridad última entre esposo y esposa, que se han venido a añadir a las tensiones que por otras causas han hecho tan difícil el vínculo matrimonial. No es por casualidad que las sociedades donde las mujeres han alcanzado una mayor igualdad con los hombres son también

las que ofrece los índices más elevados de divorcios y separaciones legales iniciados por ellas.

Otro aspecto del costo de la emancipación es la creciente soledad de muchas mujeres, principalmente de aquellas que alguna vez estuvieron casadas y todavía tienen hijos menores de edad a su cargo. Y total ha resultado la soledad de muchas ancianas atrapadas porta pobreza en los barrios marginales de las grandes ciudades, al extremo de que se puede afirmar que en las grandes urbes del presente la soledad es la epidemia social en la mujer contemporánea.

Hace cosa de un siglo, un eminente sociólogo alemán, Ferdinand Toennis, fue el primero en sugerir como acertado diagnóstico de la insatisfacción generalizada en las opulentas sociedades urbano-industriales, que el hombre de hoy ha llegado a ser individualmente mucho más libre que en cualquiera otra época pasada, pero también emocionalmente más pobre.

Toennis lo atribuía al hecho de que tradicionalmente, - hasta la Revolución Industrial- se vivía en comunidades pequeñas e íntimas, como la familia de tres generaciones bajo un mismo techo, o la aldea o la parroquia, en donde el control social del grupo sobre los individuos que lo integraban era intenso y constante, pero donde también el apoyo emocional del grupo en las inevitables crisis de la vida de los individuos estaba asegurado.

Hoy vivimos mayoritariamente en grandes aglomeraciones urbanas, reducidos a familias nucleares que los hijos desertan a una edad cada vez más temprana, y donde, por tanto, el control social de la conducta década uno es mucho más reducido, pero en el que, por lo mismo, el apoyo emocional que se podría esperar de los demás brilla muchas veces por su ausencia. Es parte del precio que se paga por una mayor libertad. Porque ser libre no es garantía constante de ser feliz. La libertad supone en ocasiones hacer decisiones difíciles, que a nadie agradan, y mucho menos cuando se tienen que tomar a solas.

Es esto último lo que aduce un gran psicólogo, Erick Fromm, para explicar ese fenómeno desconcertante del miedo aparente a la libertad, en tantos hombres y mujeres que la ponen en entredicho, o renuncian del todo a ella, para transferirlas opciones decisivas de sus vidas a un dictador totalitario, como fue el caso de muchos alemanes bajo Hitler.

A pesar de ello, es evidente que regresamos una y otra vez al anhelo de ser libres. El movimiento de emancipación de la mujer es una prueba más. Pero la vivencia de la soledad en la mujer liberada empieza a reflejarse en índices de desintegración de la personalidad cada vez más cercanos a los de los hombres, como el alcoholismo, la drogadicción, las

enfermedades mentales, y otros, entre las más jóvenes aun de violencia organizada -atribuibles también al "stress" competitivo del mercado. Es el triste reverso de la medalla de la igualdad social y legal entre los sexos.

Más problemática todavía es la suerte de los niños hambrientos de atención materna, que a las mujeres más sensibles atormenta profundamente en sus conciencias, y a las otras enfrenta con hechos consumados de desorganización social-vicios, delincuencia, deserción de la escuela- que no les amargan menos la existencia. Tampoco es fácil ser mujer en el mundo moderno. El dilema -hogar o trabajo-, que nunca se ha planteado a los hombres, es el crisol ético de la mujer que hoy, por fin, ve al alcance de la mano la invitación tentadora de su realización profesional. De nuevo nos llevan estas reflexiones a comprender la insistencia femenina de que se le permita decidir por sí misma, el momento y el tamaño de su familia. La "píldora- lo ha hecho posible, como ningún otro precedente de la historia.

Yo creo hallar en todo lo anterior la raíz de lo que considero un tallo en la percepción celibataria de los sacerdotes católicos. Han tenido desde siempre el ángulo exclusivamente masculino del problema de la paternidad responsable. Y por la lentitud con que en la Iglesia se suelen dar los cambios de opinión pastoral, hemos asistido en la segunda mitad del siglo XX a la apostasía masiva del "devoto sexo femenino", que encontró su voz, pero no halló en la Iglesia su respuesta. El tema de la planificación familiar ha venido a desembocar sorprendentemente en un debate entre una abrumadora mayoría de las mujeres y una minoría de los hombres, éstos últimos casi exclusivamente de persuasión católica, pero que esgrimen los argumentos a largo plazo más eficaces: los morales.

Este curioso enfrentamiento de sexos no es, claro está, ni deliberado, ni mal intencionado por ninguna de las dos partes; es, creo yo, el resultado inevitable del diferente énfasis que, desde las respectivas vivencias de unos y otros, se hace de la actividad procreadora.

En el fragor de la discusión a veces se oyen voces estridentes, sobre todo cuando se toca el tema del aborto, del que hablaré más tarde en otra serie de artículos. Pero quiero anticipar que es comprensible que la mujer, silenciada ante el hombre a todo lo largo de la historia, cuando estrena su voz, lo haga a veces con la vehemencia del que está a punto de llegar a un desenlace de vida o muerte.

Es un hecho universalmente aceptado el de la diferente sensibilidad entre hombres y mujeres frente a las variadas manifestaciones del sufrimiento. Al fin y al cabo, aquí también es aplicable la sabiduría popular del refrán que nos recuerda que "cada uno habla de la feria como le fue en ella".

Ya aludí en otra ocasión a la actitud de la mujer norteamericana en los años veinte ante el flagelo del alcoholismo masculino. Algo parecido podría decirse sobre la visión diferente que de la guerra hemos tenido tradicionalmente hombres y mujeres. Siempre me acuerdo de la primera vez que leí, hace muchos años, un verso de Virgilio que, como un comentario al margen de su "Eneida", alude al hecho obvio de que las guerras son "matribus detestata", por todas las madres detestadas. Pero hoy esa madre tiene voz, que se escucha con apasionamiento en ocasiones rayano en lo ingenuo, en favor de un pacifismo y desarme unilaterales que poco cenecen en cuenta de la realidad del hambre de poder muchos hombres, y mujeres, de escasos escrúpulos de conciencia.

Como del alcoholismo y de la guerra, se puede afirmar que la mujer evidencia una sensibilidad diferente a la del hombre con respecto a la planificación familiar, -o como lo sugiere el término más adecuado a lo que yace en el fondo del debate-, a la paternidad responsable. Margaret Sanger es todo un símbolo de eso último, como lo fueron Florence Nightingale y Carry Nation ante la guerra y el alcoholismo respectivamente.

Quiero recordar que el hecho de que la Iglesia Católica haya mantenido, con ciertas vacilaciones, una posición absolutamente minoritaria en el siglo XX en lo tocante a la planificación familiar, nada dice de lo acertado o desacertado de su actitud, pues los juicios de lo moral no se deciden democráticamente contando el número de votos a favor o en contra. Además, los problemas de teología moral escapan, como todo lo privativo al ámbito de la Revelación y de la conciencia íntima, a las corrientes de opinión del momento. Pero el problema nos atañe a todos cuando en las sociedades pluralistas de hoy se pretende legislar, moral de la planificación familiar.

Ya hace treinta años el Cardenal Richard Cushing, entonces arzobispo de Boston, comentaba atinada. mente que la posición oficial de la Iglesia a ese respecto era políticamente insostenible, dado que no todo lo inmoral a los ojos de la Iglesia podía ser objeto de legislación, ni tampoco llena los criterios de una buena ley la que resulta en la gran mayoría de los casos desobedecida por casi todos.

En Guatemala observo un eco de esas disputas de hace tantos años en la desconfianza mutua que de vez en cuando salta a la superficie de las publicaciones entre APROFAM y la Iglesia Católica. Lo creo muy lamentable.

Ambas instituciones cuentan con hombres y mujeres inteligentes y deseosos de servir al bien común. Ambas son más afines en lo que persiguen que lo que superficialmente se puede apreciar. Es eso lo que ahora quisiera explorar. La APROFAM es la institución que, tal vez como ninguna otra hoy

en Guatemala, sirve de índice de esa progresiva autonomía de la mujer que ha caracterizado a la civilización occidental.

Su aporte es múltiple, porque va a la raíz de 13 emancipación femenina: liberar a la mujer de la *incontrolada* Sujeción biológica a la familia. A la alternativa de la virginidad, que desde hace siglos ofrece la Iglesia Católica a la mujer, se añaden en nuestros días programas como el de planeamiento familiar a través de APROFAM.

Con ambas opciones se ha logrado un objetivo común: una mayor responsabilidad por parte de hombres y mujeres, pero principalmente de éstas últimas, en el ejercicio de la maternidad. Responsabilidad es la otra cara de esa misma moneda que todos conocemos por "libertad".

Es decir, que en la medida en que al hombre y a la mujer se le facilitan opciones diferentes, en vez de la única de tiempos más primitivos de traer hijos al mundo, esfera de la libertad individual y, por consiguiente, de la responsabilidad moral. Lo cual, sea dicho de paso, también significa que Crece la vida ética de hombres y mujeres; pues sólo somos responsables donde somos libres, y sólo somos libres donde disponemos de opciones.

Estas reflexiones algo abstrusas de filosofía social pueden servir de criterio para evaluar las posturas todavía contrapuestas del magisterio de la Iglesia Católica y la de todos los demás, en este caso particular de esa benemérita institución que entre nosotros se conoce con el nombre de APROFAM.

Estas son las siglas de la Asociación Pro-Bienestar de la Familia, fundada ya hace más de veinte años, que encamina eficazmente a nuestra familia, en una forma digna y sensata, hacia el siglo XX. Porque su afán no se restringe, como algunos equivocadamente afirman, al cálculo numérico de los hijos, algo así como en una fría asignación de recursos económicos, que en este caso sedan vidas humanas. Nada de eso.

Su programa, como los de otras muchas instituciones similares en otras naciones o a nivel internacional, constituye una estrategia de atención primaria a la salud en su punto más neurálgico: la familia. Esa familia de la que la Iglesia ha sido la primera y más tenaz defensora, como Célula básica de cada uno de los tejidos sociales que han constituido los organismos sociales humanos.

La de APROFAM es una estrategia de servicio, cuyo eje gira alrededor de la madre y el hijo, pero que se explaya hacia la nutrición de todos en la familia y hacia el saneamiento ambiental. Es también una estrategia que toca el presupuesto más sensible de toda nueva vida humana: el de ser deseada y esperada.

Es una estrategia eminentemente compasiva (o, como lo prefieren ahora ciertos dirigentes católicos, de una gran "función social), pues hace accesible aquella libertad y aquella responsabilidad ética a muchas mujeres para las que la falta de recursos cativos les vedan la ruta de la libertad y la responsabilidad personal en su progreso y el de sus hijos.

Es una estrategia en realidad inobjetable, a menos que su aprobación se tropiece en la falacia naturalista" de que lo que ha sido siempre' natural" -el embarazo como consecuencia de la unión sexual- deba continuar así.

Lo cual podría llevarnos a otras conclusiones curiosas, como lo de pretender que aún debiéramos habitar en los árboles, o llevar una vida de nómadas trashumantes, por no decir nada de continuar con el alegre canibalismo de nuestros antepasados notan remotos como algunos piensan, o restaurar la esclavitud como una institución de derecho natural.

Creo que el magisterio eclesiástico ha dado un traspiés en este punto porque ha sido lento en interpretar ciertos "signos de los tiempos", como el reconocimiento universal del derecho a la búsqueda *individual* de la felicidad, o el espacio social que se ha abierto en el mundo contemporáneo a la *autonomía* de la mujer. Conviene recordar que aquí no se discute un dogma sino una disciplina pastoral, que algunos católicos creen íntimamente ligada a la tesis, ésa sí dogmática, del conocimiento natural de Dios. La oposición de la Iglesia a la planificación familiar brota del mismo venero que su renuncia a aceptar, dentro de la Iglesia, el nuevo status más independiente de la mujer.

Es una situación parecida a la que enfrentó esa misma Iglesia durante muchos siglos en el tema de los préstamos a interés, que a sus ojos fueron siempre "usura", hasta que las discusiones inteligentes de la Escolástica tardía -sobre todo de la Escuela de Salamanca- le hicieron cambiar de opinión. Es también parecida a la que enfrentó en el siglo XVII con el surgimiento de la ciencia moderna, que llevó al traste toda la cosmología con la que se había interpretado desde sus orígenes la Revelación cristiana.

El nombre de Galileo aún es para el sincero intelectual católico un amargo recordatorio del alto precio que a veces ha pagado la Iglesia por proceder cautelosamente en materia de principios. Por eso también definiendo que quizás en esto último tenga un aporte único y providencial que hacer, pero hasta cierto límite. Es el límite que San Ignacio de Loyola identificó con precisión en una ocasión: "Dios supone que tenemos entendimiento".